

EL ACTUAR SALVÍFICO DE DIOS SE REALIZA EN UN LUGAR Y TIEMPO CONCRETOS

Pbro. Eduardo Ramírez Ruiz
Vicario General de la Diócesis de Limón

1. DESDE EL MISTERIO DEL VERBO ENCARNADO

El Concilio nos enseña que el misterio de la Iglesia puede ser comparado analógicamente con *“el misterio del Verbo encarnado”* (LG nº 8), indicación que nos permite visualizar en el misterio de la Encarnación, un punto de referencia vital, desde el cual poder comprender, no sólo su identidad sino también su misión.

En efecto, *“¡el cristianismo es la religión que ha entrado en la historia!, es sobre el terreno de la historia donde Dios ha querido establecer con Israel una alianza y preparar así el nacimiento del Hijo del seno de María, «en la plenitud de los tiempos» (Gal 4,4). Contemplado en su misterio divino y humano, Cristo es el fundamento y el centro de la historia, de la cual es el sentido y meta última”*¹, y es consecuentemente el principio vital desde el que la Iglesia se entiende a sí misma, y logra captar las dimensiones de la evangelización que es *“su dicha y vocación propia, su identidad más profunda”* (EN nº 14).

Con esta cita de Juan Pablo II quiero dar inicio a este momento de iluminación, para a partir de él, aventurarme a esbozar un concepto diferente de historia, al que encontramos en los diccionarios. Desde la perspectiva de la fe, la historia es la conjunción de un tiempo y un lugar concretos en el que se ha realizado y se realiza la salvación de Dios, es kairós, “el momento de Dios” porque en él se realiza esta salvación.

2. LA IGLESIA NACE ENCLAVADA EN LA HISTORIA

La afirmación conciliar que nos lleva a visualizar la Iglesia desde el misterio del Verbo encarnado, dirige nuestra mirada hacia un aspecto vital en la eclesiología, cual es el saber descubrir la centralidad de Jesucristo en ella.

¹ Juan Pablo II, *Carta Apostólica Novo Millennio Ineunte*, Nº 5

En efecto afirma el Concilio que *“el misterio de la santa Iglesia se manifiesta en su fundación. Pues nuestro Señor Jesucristo dio comienzo a la Iglesia predicando la buena nueva...”* (LG nº 5). El Concilio pretende superar, la eclesiología de siglos anteriores que centraba a la Iglesia en sí misma, para centrarla en Jesucristo desde su fundación, o sea, señalando con claridad que su fundamento es él.

Ahora bien, las afirmaciones precedentes deben ser dimensionadas de forma correcta, haciéndonos descubrir el fundamento de la Iglesia, no en un momento de la vida de Jesucristo, sino en la globalidad del misterio cristológico. Debemos por lo tanto descubrir *“la existencia en la intensión y en la actuación de Jesús de actos eclesiológicamente relevantes, es decir, que apuntan a un objetivo radicado en su autoconciencia”*, y que por lo tanto se concretizan en su historia personal y social y toman de ella su sustento.

La Iglesia nace de Jesucristo, su origen por lo tanto está enclavado en la historia de Jesús de Nazaret; está será el marco vital que le servirá de referente para su desarrollo. Lo primero que hay que resaltar es que Jesús inaugura su obra rodeándose de un grupo de discípulos, 'para que fueran sus compañeros, y para enviarles a predicar' el mensaje del Reino de Dios (Mc 3,14). Este grupo histórico, como sujeto de unas determinadas experiencias respecto a Jesús, de una determinada forma de convivencia con él, y de una determinada misión para la que es convocado, constituye el lugar teológico en que se origina la Iglesia, sin negar por ello la importancia radical que la Pascua tiene como momento desencadenante definitivo; más aún: para la fe post pascual el criterio y norma de verdad sigue siendo el Jesús histórico, de lo contrario la fe en el resucitado se deshistoriza y en consecuencia, falsearía en sus mismas raíces.²

Es de este flujo vital que brota de la historia concreta, de donde brota el anuncio del Reino; se trata de la irrupción de Dios, quien por su Hijo penetra en la historia, haciendo de ella el “lugar que sirve de escenario a la salvación, y por lo tanto desde donde la misma se anuncia”.

El hecho de tener su arraigue en una historia concreta es lo que hace que del cristianismo una religión que ha entrado en la historia, y posee la fuerza vital para transformar esa historia.

² SCHILLEBEECKX, E.; *Jesús, la historia de un viviente*, Ed. Cristiandad (Madrid, 1975) 157

Todo cuanto hasta aquí hemos afirmado en relación con la Iglesia, con el mismo acento debe ser afirmado en relación con su misión evangelizadora. *“La evangelización no sería completa sino tuviera en cuenta la interpelación recíproca que en el curso de los tiempos se establece entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social, del hombre...”* (EN nº 29); y esta interrelación brota del talante histórico por el cual la misma evangelización está marcada desde sus raíces.

Un notable ejemplo de cuanto hasta aquí hemos afirmado, nos lo brinda el recurso frecuente que los autores sagrados hacen en la Escritura de las genealogías. En el caso de Mateo 1,1-17 en que Jesús es situado en la cúspide de la historia del pueblo de Israel, una historia en la que también tiene su lugar el pecado; no es por lo tanto una historia ideal, sino una historia real, la historia del pueblo elegido en la que confluyen en una misma experiencia de salvación: gracia y pecado, fidelidad de Dios e infidelidad del ser humano. En el caso de Lucas 3,23-38, Jesús aparece como fuente primaria de una historia, que engloba toda la humanidad: *“hijo de Adán que venía de Dios”* (v. 38).

En la Sagrada Escritura, la Revelación cristiana nos confronta con un Dios, que en su Hijo, ha hecho del tiempo su morada, y que por ello nos permite afirmar que “el tiempo es de Dios” porque Él es el Señor del tiempo.

Este dato tiene una importancia radical pues nos hace visualizar implicaciones vitales. Muchas personas³ han intentado cambiar el mundo, que la historia de la humanidad cuenta numerosas revoluciones que intentaban de formas diversas lograr un cambio en la conciencia, en la sociedad, en la economía, en el arte, en la cultura...

No obstante, cada revolución y todo revolucionario se encontró siempre con un problema de base: no tienen tiempo. La limitación del tiempo propio con que cuenta una persona o un grupo de personas para realizar un proyecto de esta índole, ha llevado recurrentemente al recurso de la violencia como medio que apesure la realización histórica de un determinado ideal.

La cuestión de fondo que emerge es, si lo que se quiere es realizar un cambio profundo en cualquier campo de la vida del ser humano, y para

³Cf. LOHFINK, Gerhard, *¿Necesita Dios la Iglesia?* (San Pablo, 1999) 42s

ello, se recurre a la violencia como un medio válido, ¿dónde queda aquí la libertad?

Dios se toma su tiempo; este es un dato vital de la revelación; y no sólo se toma su tiempo, sino que para hacer creíble su propuesta de salvación asume como camino el respeto a la libertad del ser humano, y sólo desde este respeto busca la transformación de todas las cosas y personas.

Esto "sólo puede funcionar así: que Dios comience modestamente, que empiece en un único sitio del mundo. Debe haber un lugar visible, abarcable, controlable en el cual dé sus primeros pasos la salvación del mundo; es decir, un sitio donde el mundo se convierta en aquello que debe ser la manera de Dios. Desde este lugar puede propagarse la novedad; pero no por vía retórica, adoctrinamiento o fuerza. El hombre debe tener la posibilidad de venir y ver. Debe tener la oportunidad de mirar y experimentar lo nuevo. Después, si quiere, puede ser incluido en la historia de la salvación que Dios realiza. Sólo así se respeta su libertad. Lo que le impulsa a la novedad no puede ser la coacción ni tampoco la presión moral, sino solamente la fascinación de un mundo distinto"⁴, que hace posible la apertura a Dios, a su palabra y la actuación de su gracia.

3. EL HOY DE DIOS EN UN LUGAR

Es necesario afirmar, que la salvación querida por Dios, requiere de un lugar concreto en el cuál realizarse, y que la misma se realiza en un tiempo determinado; ya que salvación no es otra cosa sino la irrupción de Dios en el espacio y el tiempo, haciendo de ellos, testimonio creíble, de su amor salvador. Por lo tanto al dato del tiempo que hemos acentuado, se debe sumar el dato, no menos importante del "lugar", que no es un accidente, sino que se agrega a la experiencia de la salvación como contenido de la misma (Ej. El desierto : Os 2,16 cfr. Mc 1,4; el templo: 1Re 6 cfr Jn 2,15-16; 1Pe 2,5)

Esta promesa de salvación toma cuerpo en la historia que inicia con Abrahán y que encontrará en Israel el espacio de su realización singular.

Bajo esta perspectiva se debería leer también la continuación de la historia de los patriarcas, la experiencia central del Éxodo, la centralidad

⁴ Ibid cit pag 44

de la tierra como bendición de Dios y su consecuente relativización con el exilio, el significado del templo y su destrucción, etc. Toda esta historia se realiza en “lugares” que al mismo tiempo se relativizan, dando lugar a una realidad mayor que en aquellos se significa, pero que sin aquellos no podrían visualizarse.

Los comienzos de Dios son muy menudos, evidencia la fragilidad de lo que es relativo, totalmente insignificantes desde una perspectiva cuantitativa, y que por ello precisamente, permiten visualizar la acción de la gracia: *“para que no parezca, cosa nuestra, aquello que es gracia de Dios”*.

También en la vida de la Iglesia primitiva este dato será fundamental. Podemos constatar cómo se repite bajo el mismo esquema el éxodo que lleva a los primeros creyentes del “espacio” que les ofrece la sinagoga a aquel que se forjan dentro del “espacio” familiar, a partir de su estructura, para desde allí proyectarse.

El lugar condiciona desde todo punto de vista las palabras y acciones de Jesús: él es un judío, culturalmente vive como judío, sus costumbres y ejemplos son tomados de la cotidianidad. El entorno no es un aditivo a su proyecto, sino que se incorpora al mismo, dándole un ropaje histórico.

El pesebre o el Calvario, el estar fuera o dentro, en la ciudad o en el desierto, son “lugar” desde el cual Dios habla, y en el cual está llamado a encarnarse su proyecto de salvación.

4. “¡SE HA CUMPLIDO EL TIEMPO!”

No obstante, las afirmaciones precedentes, respecto a que Dios se toma su tiempo para no menoscabar la libertad del ser humano, y que por ello opera su salvación en un lugar concreto; deben ser leídas frente a otra realidad. La Escritura también nos presenta otra perspectiva: la urgencia del tiempo, Jesús mismo dirá *“¡se ha cumplido el tiempo!”*; este es un dato atestiguado (cfr. Lc 3,9; 9,61s; 1Re 19,21). Desde la necesidad del ser humano, no queda tiempo; sin embargo, Dios dispone siempre de tiempo para el hombre.

La consecuencia inmediata de esta última afirmación es que la paciencia histórica de Dios debe ser fuente de esperanza, pero nunca de conformismo pasivo.

La afirmación de Jesús *“mi Padre sigue trabajando, y yo también trabajo”* (Jn 5,17), que reinterpreta radicalmente la forma rabínica de interpretar el descanso sabático, nos marca una pauta al respecto.